

Laparra, M (coord.), 2007, Informe sobre la situación social y tendencias de cambio en la población gitana, Madrid, MTAS.

Una perspectiva de conjunto sobre la investigación social de la comunidad gitana en España: lo que no sabemos de los gitanos

Miguel Laparra

Después de más de cinco siglos de permanencia de la comunidad gitana en España, sólo explicable por su extraordinaria capacidad de supervivencia, tanto física (superando persecuciones y estrecheces), como étnica (manteniendo su identidad), lo que más sorprende es lo poco que sabemos de ellos. Posiblemente haya sido la combinación entre la falta de interés por parte de la sociedad mayoritaria, junto con una estrategia defensiva de ocultamiento por parte de la comunidad gitana, así como un compromiso de discreción (en ocasiones mal entendida) por parte de las administraciones públicas, lo que explica este profundo desconocimiento.

Sin duda es admirable el esfuerzo de algunos investigadores sociales que se han dedicado al estudio de esta comunidad, con notables implicaciones de activismo y de compromiso social incluso, a pesar de la falta de medios y de la escasez de información disponible y actualizada. Tenemos al menos un conocimiento, siquiera fragmentario, de la historia del pueblo gitano en España. Y se ha profundizado también, desde una perspectiva antropológica, en el conocimiento de sus tradiciones y de los elementos culturales que han marcado sus diferencias étnicas respecto del conjunto de la población. Sin embargo, hay un déficit muy significativo de información sociológica sobre la situación actual, sobre la diversidad interna de la comunidad, sobre los procesos de cambio social y sobre las tendencias de esos cambios. Especialmente en un periodo como el actual, en el que parecen estar produciéndose transformaciones significativas en ámbitos muy diversos de la vida de esta comunidad, dentro de un contexto de transformación rápida del conjunto de la sociedad española durante el último medio siglo, nos vemos incapaces de valorar estos procesos siquiera aproximadamente. Así, lo que consideramos que es la pregunta esencial a plantearse respecto de la comunidad gitana en España está lejos de poderse responder satisfactoriamente: Después de centurias de fuerte discriminación étnica, de una larga historia de persecuciones y de encierros, de experimentar los niveles máximos de desigualdad que colocaban a los gitanos en las posiciones más bajas de la jerarquía social, ¿se están reduciendo o se están ampliando las diferencias sociales (objetivas y simbólicas) de los gitanos respecto del conjunto de la sociedad?

Y en relación con esta dinámica se encuentra la cuestión de la diversidad interna de la comunidad gitana. Más allá de las diferencias que pueden establecerse entre los grupos de edad (los jóvenes frente a los mayores) o de sexo (las mujeres frente a los hombres), encontramos indicios de que posiblemente también las comunidades gitanas evolucionan de forma distinta en unos territorios y otros (según comunidades autónomas, según entorno urbano o rural, etc.). Es éste un análisis comparativo pendiente que sería de gran interés para profundizar en las claves del cambio social en la comunidad gitana. Desde una perspectiva cualitativa parece observarse también que las familias que fueron accediendo a nuevas ocupaciones (normalmente en empleo asalariado) mejoran más claramente su situación, mientras que las ocupaciones más tradicionales de los gitanos se asocian a situaciones de mayor estancamiento. Podríamos distinguir al menos la situación de tres grupos distintos: El primero, de gitanos marginados y chabolistas, un pequeño grupo social que concentra los problemas más intensos de la comunidad gitana. En segundo lugar encontramos otro grupo más integrado, posiblemente mayoritario, que ha superado las problemáticas más intensas, pero que se mantiene en condiciones bastante precarias (empleo, vivienda ingresos,...) y por ello en una situación de fuerte vulnerabilidad. En un tercer nivel podríamos encontrar un grupo más plenamente asentado y con recursos económicos y culturales suficientes como para prever que no hay marcha atrás en su proceso de integración social plena. Sabemos que es necesario cada vez más diferenciar las estrategias y las políticas dirigidas a cada uno de estos grupos para que los resultados sean positivos.

Nos falta sin embargo información suficiente para valorar hasta dónde llega la heterogeneidad interna de la comunidad gitana. Si bien puede observarse la aparición de una minoría más cualificada dentro de la comunidad, es difícil establecer las dimensiones de este grupo con potencial de liderazgo para valorar las posibilidades de que se constituya en motor de cambio de su comunidad. De entre las 10 primeras profesiones de los gitanos, que agrupan a ocho de cada diez personas ocupadas en esta comunidad, sólo una, la de mediadores y mediadoras interculturales, implicaba una cierta cualificación, pero ésta no llegaba al

3% del conjunto de la población ocupada. Por todo ello, es importante resaltar la heterogeneidad interna de la comunidad gitana, pero siendo conscientes de que los niveles de desigualdad interna son posiblemente menores que en el conjunto de la sociedad: en términos comparativos con ésta, podríamos hablar de una homogeneidad relativa por abajo.

Una comunidad en rápida expansión demográfica ...

A pesar del aparente consenso existente sobre el tamaño de la comunidad gitana, lo primero que hay que reconocer es que no sabemos cuántos gitanos y gitanas hay en España. Las estimaciones realizadas desde mediados de los años 70 implicarían tasas de crecimiento interanual superiores en ocasiones al 5%, lo que sería una auténtica excepción mundial (tan sólo 7 países superan ligeramente en los años 90 el 3% de crecimiento anual). La reducción observada en la natalidad (se ha reducido en 10 puntos aproximadamente la proporción de menores de 16 años en una década) difícilmente se ha podido ver compensada con la reducción de la mortalidad (la proporción de mayores de 65 aumenta tan sólo unos 3 puntos en el mismo periodo). Por ello, será necesario revisar las estimaciones realizadas por entidades sociales y administraciones públicas (en realidad proyecciones de anteriores estimaciones), que se retroalimentan mutuamente por carecer de una referencia empírica mínimamente fiable. Sería muy conveniente en este sentido poder contar con nuevas estimaciones del tamaño de la comunidad gitana que se basaran en la recogida directa de información y que aplicaran distintos métodos y distintas definiciones (autoidentificación, heteroidentificación,...), de tal forma que pudiesen contrastarse las proyecciones que se han venido realizando hasta el momento.

...que las mujeres tratan de transformar

En la mayoría de los estudios disponibles (aunque no en todos), se constata una menor proporción de mujeres dentro de la comunidad gitana (al contrario que en el resto de la población española). Este indicio¹, que parece ser coherente con el diagnóstico de triple discriminación de la mujer gitana (como gitana frente a los payos, como mujer frente a los varones, y por su propia posición dentro de la comunidad gitana), necesitaría un estudio más detallado que llegara a conclusiones más definitivas sobre las diferencias efectivas en la esperanza de vida de las mujeres y sus causas. La perspectiva de género está todavía insuficientemente incorporada a las investigaciones sobre la comunidad gitana.

Conocemos bastante bien el “modelo tradicional” de familia gitana, sabemos de la fuerza de sus lazos y la forma en que la propia comunidad se ha organizado sobre estas estructuras familiares, pero no sabemos la forma en la que este modelo está cambiando ni las desviaciones que se están desarrollando respecto a este modelo. Hay indicios fehacientes de cambio en este ámbito (que podría ser trascendental para una transformación definitiva de las condiciones de vida y de la posición social de los gitanos y las gitanas): se ha retrasado la edad de acceso al matrimonio, se ha reducido el número de hijos y se ha reducido por consiguiente el tamaño de las familias, que ahora adoptan en mayor proporción que el conjunto de la población el modelo de hogar de la familia nuclear, aunque manteniendo unos fuertes lazos dentro del “grupo doméstico” de la familia extensa (que habitualmente residen en distintos hogares). Pero no sabemos hasta qué punto estos cambios significan una mayor individualización en las pautas de comportamiento o una relajación de los lazos de la familia extensa. En sentido contrario, por ejemplo, parece mantenerse muy fuerte la tendencia a la endogamia en la comunidad gitana², lo que nos ilustraría las resistencias al cambio en este ámbito. Tampoco podemos concluir si los cambios detectados suponen un proceso de aproximación al conjunto de la sociedad española, que a su vez sigue cambiando muy rápidamente también en estos aspectos

¹En ocasiones las diferencias observadas se encuentran dentro de los márgenes de error asumidos en las encuestas realizadas, por lo que no puede llegarse a conclusiones definitivas.

² El 95% de los matrimonios en algunos estudios.

(véase por ejemplo el alargamiento de la edad de acceso al matrimonio y la independización de los hijos, la aparición de nuevos modelos familiares,...), o si más bien el ritmo de transformación es menor en la comunidad gitana.

Se ha destacado el potencial de motor de cambio que la mujer gitana puede tener para el conjunto de la comunidad y se ha constatado en diversas investigaciones cualitativas las aspiraciones de las mujeres gitanas a protagonizar un proceso de promoción social y de liberación personal, abandonado la posición secundaria que tradicionalmente soportaban en la familia y en la comunidad. Los servicios sociales y las entidades ciudadanas que trabajan con la comunidad gitana habitualmente tratan de potenciar estas estrategias y de utilizar a las mujeres como palanca de cambio para el conjunto de la comunidad. Sin embargo, no está claro si estas expectativas de las mujeres gitanas van a prevalecer sobre las estructuras patriarcales tradicionales o si más bien se van a ver frustradas por ellas.

Unos niveles altos de incorporación a la actividad económica...

Los cambios en la estructura ocupacional pueden suponer efectivamente el elemento de crisis que acabe por alterar las relaciones de poder entre los sexos. Y efectivamente las cosas parecen estar cambiando rápidamente en este ámbito también, aunque los cambios distan mucho de estar asentados como para que podamos identificar una tendencia clara de los mismos.

La venta ambulante ha supuesto una auténtica tabla de salvación económica para los gitanos en las dos últimas décadas. A partir de una serie de tres estudios en Galicia se podría calcular que la población gitana dedicada a esta actividad habría aumentado 24 puntos porcentuales en esta comunidad: del 39% en 1983, al 52% en 1990, y al 63% en 2000. Los datos nos muestran diferencias demasiado abultadas entre comunidades autónomas como para llegar a una valoración concluyente, pero está bastante extendida la apreciación de que las posibilidades de expansión de esta actividad, las opciones de las nuevas generaciones de gitanos y gitanas para mantenerse con ella, son bastante reducidas.

La tasa de actividad en la población gitana (72% para el grupo de 16 a 65 años) es ligeramente superior a la de la población mayoritaria, y la tasa de empleo (63% para ese mismo intervalo de edad), es similar, mientras que la de desempleo (14%) es cuatro puntos superior. Estos datos nos dan un argumento interesante para combatir el estereotipo de una comunidad gitana alejada de los valores del trabajo. Sin embargo esto no debería llevarnos a un diagnóstico excesivamente complaciente.

... marcados todavía por el subempleo y la precariedad.

La alternativa del empleo asalariado como un indicador definitivo de inserción laboral, que estaría protagonizado preferentemente por las personas más jóvenes de la comunidad, es todavía minoritaria (el 47% de la población activa). Pero, sobretudo, el acceso al mercado de trabajo está demasiado marcado por el subempleo y la temporalidad, lo que hace que este proceso sea altamente vulnerable. Tan sólo el 7,4% de la población activa (el 16% de los asalariados) tiene un empleo asalariado fijo. Las alternativas del autoempleo (como autónomos) o del trabajo en el negocio familiar (prácticamente la mitad de las personas ocupadas están en una de estas dos situaciones) es muchas veces la única opción de subsistencia, que no llega con mucho a satisfacer las necesidades económicas ni las expectativas laborales de los gitanos y gitanas.

Si calculamos estos indicadores en su equivalente en jornadas a tiempo completo, encontraríamos que la tasa de empleo se reduciría en 20 puntos (al 43%) y la de desempleo se situaría en el 38%. Estos indicadores nos marcan más adecuadamente la distancia de la comunidad gitana respecto del conjunto de la población.

El 24% de las personas ocupadas en la comunidad gitana trabajan menos de 20 horas (y el 40% en las personas que ayudan en negocios familiares), y no precisamente como una opción voluntaria, ya que cuatro de cada diez desearían trabajar más horas. La venta ambulante (principalmente), la chatarra y la recolección son las actividades donde más se extiende la subocupación.

La reciente investigación realizada por la FSG (Fundación Secretariado Gitano) supone un enorme paso adelante en cuanto a la disponibilidad de información sobre la actividad económica de la comunidad gitana, comparable con los datos habitualmente manejados para el conjunto de la población. Sería de gran interés profundizar en esta línea de investigación en dos sentidos distintos: Por un lado sería muy conveniente mantener una serie estadística que permitiese análisis longitudinales, con un método tipo panel similar al utilizado en la EPA (o la inclusión de variables que permitiesen identificar adecuadamente a la muestra de la comunidad gitana en esta encuesta). Por otro lado se hace necesario un análisis específico del autoempleo y de la ayuda familiar (personas que trabajan en el negocio familiar sin contrato) que nos permitiese valorar mejor su significado en términos económicos y sociales (beneficios económicos, productividad, cualificación, autonomía de ingresos, renta familiar,...).

La situación económica mejora pero las desigualdades se mantienen altas...

En relación con esto último, quizás la información más escasa, más fragmentaria y menos fiable sea la relativa a la situación económica de los gitanos. Los propios gitanos y las entidades que trabajan con ellos reconocen en general una mejoría en el nivel de ingresos en las últimas décadas (para Galicia, por ejemplo se ha calculado un aumento anual de los ingresos del 6,5% nominal en los años 90), y posiblemente se habrán reducido los niveles de pobreza extrema (aunque no hay una constatación empírica contrastada). Sin embargo, en un contexto de crecimiento general de los ingresos en el conjunto de los hogares, es muy probable que las tasas de pobreza relativa (como medida de desigualdad) se hayan mantenido estables o hayan podido incluso aumentar. En una de las investigaciones más minuciosas y representativas a este respecto, se estimaba que la pobreza relativa³ podía llegar a afectar a 9 de cada 10 hogares gitanos en 1997 en Navarra. A partir de las investigaciones de la Fundación Foessa sabemos también que la pobreza en los gitanos pobres sigue siendo más intensa que la que experimentan los pobres en el conjunto de la población⁴.

Frente al estereotipo de la dependencia de las prestaciones sociales, sabemos que las familias gitanas perciben menos prestaciones públicas que el conjunto de la población (debido sobre todo a la escasez de jubilados) y de menor cuantía (ya que en su mayor parte se trata de prestaciones asistenciales). La presencia en las rentas mínimas de las comunidades autónomas, como última red de seguridad, (se estima que llega al 10% de los gitanos) es seguramente muy inferior a lo que correspondería por la situación económica de las familias gitanas. En las comunidades autónomas donde las rentas mínimas alcanzan una mayor cobertura, la proporción de familias gitanas que las perciben es significativamente mayor (38% en Navarra).

Para superar este diagnóstico puramente aproximativo y fragmentario de la situación económica de la comunidad gitana en España, es preciso disponer de información actualizada y veraz sobre las economías de las familias gitanas de forma que pueda cuantificarse si en este capítulo, esencial desde la perspectiva del análisis de las desigualdades sociales, la comunidad gitana se está acercando al conjunto de la población, o si, por el contrario, cada vez se encuentra más lejos del nivel medio de riqueza en nuestra sociedad. La utilización de indicadores más sofisticados (como el poverty gap) ayudaría a construir un diagnóstico más afinado en este sentido.

Más allá de las observaciones metodológicas en este ámbito, vemos cómo se ha ido construyendo una percepción complaciente de la situación económica de los gitanos y de los niveles de desigualdad con el conjunto de la población, utilizando una doble vara de medir difícilmente justificable moral y científicamente. Por un lado, la actitud de desconfianza de unos extiende la

³ Medida como el 50% de la renta familiar disponible neta por unidad de equivalencia en la región.

⁴ El 51% de los gitanos bajo el umbral de pobreza (bajo 50% de la renta disponible neta) se encontraban en pobreza grave (bajo el 25%) a mediados de los 90, frente al 17% de los pobres en la población general, según un Estudio de FOESSA de 1998.

sospecha para con los gitanos de la existencia de ingresos no declarados en las encuestas (a pesar de que este fenómeno se ha demostrado también en el resto de la población). Por otro lado, un esfuerzo bienintencionado de otros por luchar contra los estereotipos que refuerzan la discriminación social de los gitanos (tratando de evitar la asociación automática: gitano igual a pobre), ha enfatizado las mejoras y los aspectos positivos de la evolución de esta comunidad, dejando en segundo plano los problemas que todavía padecen y las enormes diferencias económicas y sociales que persisten respecto del conjunto de la población.

... como tozudamente nos insisten algunos datos objetivos de salud,...

La esperanza de vida es uno de los indicadores más robustos de desigualdad social tal como defienden los informes de desarrollo humano de las Naciones Unidas: ¿qué mayor desigualdad que verse privado anticipadamente del bien más básico, la vida? Y los gitanos españoles tienen una esperanza de vida al nacer entre 8 y 9 años inferior a la del conjunto de la población. En términos de comparación internacional, la situación de la comunidad gitana es comparable a la de países como Perú, Nicaragua, Egipto, Marruecos, Turquía o Cabo Verde, e inferior a la del conjunto de la población española en 1975: Si tenemos en cuenta el profundo cambio experimentado por la sociedad española en estas tres décadas, podremos tener una idea aproximada del nivel de retraso y de la desventaja a la que se enfrenta la comunidad gitana.

La mortalidad infantil (1,4 veces superior a la del conjunto de la población), la mayor incidencia de enfermedades infectocontagiosas (9 veces más hepatitis A), la mayor prevalencia de enfermedades crónicas y minusvalías o la pervivencia en los gitanos de enfermedades prácticamente erradicadas en España como la lepra, son todos ellos indicadores robustos de morbilidad (aunque insuficientemente cuantificados y a veces poco actualizados) directamente relacionados con las condiciones de vida.

Es necesario tener en cuenta que ahora está entrando en la edad de jubilación la generación que nació en los años cuarenta y que por tanto soportó condiciones de vida extremadamente duras durante buena parte de su vida, hasta que fueron llegando las mejoras generales del nivel de vida y los efectos de algunas políticas sociales (prestaciones, vivienda, sanidad,...). Cabe pensar que la salud de los gitanos, y con ella, su esperanza de vida, mejorará sensiblemente para las siguientes generaciones, pero nuevamente en este aspecto nos falta una perspectiva temporal y una información contrastada que nos permita apreciar y cuantificar la evidencia de este cambio.

...o el mantenimiento de un patrón de vivienda crecientemente normalizado, pero sub-estándar.

La historia de las investigaciones sobre la vivienda en la comunidad gitana desde los años 60 es una sucesión de constataciones de su definitiva sedentarización. Es algo que hoy afortunadamente ya no es noticia. La comunidad gitana no sólo ha abandonado definitivamente su tradición nómada desde hace décadas, sino que tiende además a reducir progresivamente su movilidad espacial y a echar raíces en el territorio: sólo el 17% de los hogares gitanos llevaba menos de 15 años viviendo en su barrio y en muchos casos los cambios recientes eran más producto de los programas de viviendas que de iniciativas migratorias propias.

La situación de la vivienda ha mejorado notablemente. Si en los años 60 y 70 se estimaba que dos de cada tres hogares gitanos habitaba viviendas en malas condiciones, y el chabolismo era la alternativa residencial para una de cada cinco familias, actualmente estos indicadores se habrían reducido a la mitad.

Sin embargo, las políticas de realojo desarrolladas en las décadas posteriores provocaron que el proceso de acceso a una vivienda digna se produjese en muchos casos en clave de segregación espacial. En 1980, sólo una de cada 5 familias gitanas vivía en barrios normalizados, mientras que el resto lo hacía en barrios de promoción pública con una alta concentración de problemas sociales (el 50%) o en barriadas marginales y asentamientos chabolistas (28%). Esta distribución territorial ha condicionado significativamente el proceso de integración social de la comunidad gitana en el conjunto de la sociedad española.

Posteriormente, las políticas de realojos cada vez han estado menos basadas en grandes operaciones de vivienda de promoción pública y han tendido a diseñarse cada vez más con una lógica “micro”, que tiene en cuenta las condiciones de las familias, acompañándose de procesos de intervención social. Sin embargo, la deriva especulativa del mercado de la vivienda, que no ha llegado a ser contrarrestada por la intervención pública, ha limitado notablemente el alcance de las actuaciones desarrolladas.

Como resultado, después de medio siglo de “lucha contra el chabolismo”, todavía existen familias gitanas que viven en chabolas. Siendo una estricta minoría de la comunidad gitana la que permanece en estas condiciones, es significativo que sea prácticamente el único grupo social que no ha logrado superar totalmente esta situación: prácticamente la totalidad de los chabolistas en España son gitanos, un hecho que sigue marcando simbólicamente al conjunto de la comunidad.

La superación de las desigualdades sociales está muy condicionada por el déficit educativo,...

Sabemos que el nivel de instrucción está mejorando en la comunidad gitana. Los jóvenes han tenido mayoritariamente una experiencia escolar, algo que no era así para las generaciones que ahora tienen más de 50 años. El acceso a la escuela era ya muy mayoritario antes de la reforma educativa (sólo un 13% de los gitanos entre 16 y 24 años se declaraba sin estudios en Navarra en 1997).

Después, la escolarización en la enseñanza primaria ha mejorado significativamente: el acceso a la escuela en la edad obligatoria (antes de los 7 años) era en 1994 del 79% y había subido al 94% en 2001; el absentismo (más de tres meses de ausencia) se ha reducido a su vez del 43% al 31% en ese mismo periodo; y el rendimiento es también mejor en este nivel (ha aumentado dos puntos sobre un total de 22, según el último estudio disponible).

Al introducirse la escolarización obligatoria hasta los 16 años y la enseñanza secundaria obligatoria, muchas personas que trabajan con gitanos anunciaron el efecto que eso podría tener en una reducción de los años de permanencia en la escuela para los niños de más de 12 años (y especialmente para las niñas). Sabemos que la situación de la escolarización en secundaria dista mucho de ser satisfactoria (a partir de algunas estimaciones podríamos pensar que dos de cada tres niños y niñas gitanas estarían desescolarizadas). Desgraciadamente no se dispone de información suficientemente contrastada para saber si la escolarización ha aumentado o ha disminuido después de la reforma. En general, está bastante extendida la percepción de que la escolarización en secundaria no está mejorando, pero no es posible contrastar esta percepción con datos objetivos.

Considerando el importante incremento del nivel formativo en el conjunto de la población, cabe pensar que, en términos comparativos, la situación de la comunidad gitana no ha mejorado, sino que ha empeorado y esto es una dificultad importante para el éxito de los gitanos en el mercado de trabajo en un futuro.

La escuela y la comunidad gitana siguen manteniendo una distancia simbólica que se expresa en la ausencia de elementos culturales e históricos de la comunidad gitana en los proyectos de los centros (sólo en un 12%), algo que dos de cada tres centros tampoco piensa corregir en el futuro. Parece razonable pensar que la escuela tendrá que plantearse cómo ser más atractiva y más acogedora con los gitanos, y también la propia comunidad gitana tendrá que reflexionar sobre la forma en la que poder aprovechar este importante recurso que la sociedad ha puesto a su disposición para la promoción de sus miembros. El análisis de los casos de éxito escolar en los gitanos nos muestran que la vía de la normalización (en las condiciones familiares, pero también en las aulas, con menor segregación e incluso a través de la invisibilidad como gitanos) es la que debe orientar la política educativa en este colectivo en el futuro.

...por una intensa discriminación por parte del conjunto de la población,

La actitud de la población española frente a los gitanos está marcada por un profundo rechazo. Los gitanos son uno de los grupos más estigmatizados y más rechazados en la sociedad española y en torno a él se mantienen multitud de estereotipos y de prejuicios negativos. Basta decir que, de acuerdo con el último barómetro del CIS, a la población general le molestaría más

tener como vecino a un gitano que a un ex-recluso (y muchísimo más que a un inmigrante). El mantenimiento y reproducción de estas actitudes racistas (constatadas en todos los estudios realizados desde los años 70) sorprende cuando la mayoría no están sustentadas en experiencias personales, sino en la transmisión de los estereotipos.

No tenemos datos precisos de cómo estas actitudes se manifiestan en hechos concretos, en un trato discriminatorio hacia los gitanos. Pero hay constancia, a través de los informes que periódicamente publican entidades que trabajan con la comunidad gitana de lo habitual de este tipo de conductas (a la hora de conseguir un empleo o de alquilar una vivienda, por ejemplo).

Esta discriminación, quizás por la intensidad y la permanencia que presenta, aparece interiorizada por la propia comunidad gitana, impidiéndole apreciarla, a la luz de las respuestas de los gitanos sobre su percepción a este respecto (sólo un 11% de los gitanos sentían que no les trataban igual o que les discriminaban en La Rioja en 2003). Esta falta de conciencia sobre la intensidad del hecho discriminatorio, de comprobarse, sería una fuerte dificultad para que este tipo de actitudes y de conductas lleguen a superarse finalmente. Afortunadamente, otros estudios, como el de Edis/FSG sobre empleo, expresaban que el 36% de los gitanos encuestados se habían sentido discriminados al buscar un empleo y el 19% en el lugar de trabajo, lo que supondría un mayor nivel de conciencia sobre este problema y permitiría ser algo más optimistas.

La legislación anti-discriminación no acaba de dar una respuesta suficiente a este problema. Las directivas de la Unión Europea se han transpuesto a la legislación española de una forma que limita significativamente su operatividad como instrumento legal contra este tipo de conductas. Combatir la discriminación contra los gitanos y mejorar los instrumentos legales para ello deben ser mecanismos clave para avanzar en la promoción de esta comunidad y para mejorar su integración en la sociedad española.

...y por una escasa capacidad de acción colectiva.

El tamaño de la comunidad gitana y su dispersión territorial ha sido sin duda un inconveniente a la hora de construir su capacidad política de acción colectiva y de influencia en el proceso de toma de decisiones. Un modelo institucional que sólo reconoce la identidad política cuando está asociada a un territorio no ha permitido a la comunidad gitana construir sus propias instituciones representativas. Así, disperso en el territorio, la escasa incidencia electoral del voto gitano ha limitado sus posibilidades para condicionar el contenido de los programas de los partidos políticos. El contraste con el reconocimiento que las instituciones gitanas han adquirido recientemente en algunos países del Este de Europa, pone de relieve el menor peso político que los gitanos tienen en nuestro país.

Por otro lado, el modelo de participación ciudadana que encontramos en la comunidad gitana es más débil, como cabía suponer, que el del conjunto de la población: en torno a la mitad de los gitanos catalanes participa en alguna asociación. Pero, sobre todo, está basado muy sustancialmente en las propias asociaciones gitanas, siendo mucho menos importante la pertenencia a entidades sociales del conjunto de la sociedad (APYMAS, asociaciones de vecinos,...). En este momento, por tanto, el tejido de asociaciones y federaciones gitanas es un mecanismo insustituible para canalizar la participación política de la comunidad gitana y para potenciar su capacidad de acción colectiva. Es por ello de capital importancia que, el exceso de fragmentación existente, algunas prácticas de relación clientelista, o una cierta patrimonialización que ha podido desarrollarse en algunos casos en torno a esta red, vayan corrigiéndose en el futuro, mejorando la densidad y calidad democrática de estas entidades.

La Iglesia Evangélica ha alcanzado también en este ámbito una importancia que es preciso contemplar, desarrollando un proceso de densificación comunitaria de base religiosa que presenta ciertas potencialidades interesantes en términos de trascender el carácter familista, de incidir en la transformación y modernización de las pautas culturales en ciertos ámbitos, o de crear nuevos espacios de interacción con la población no gitana. Está por ver, sin embargo, hasta qué punto, sobre esas bases, puede llegar a significar realmente una “fuerza emancipadora” de la comunidad gitana, como se ha dicho.

En el ámbito institucional, la puesta en marcha del Consejo Estatal del Pueblo Gitano, constituido el 29 de junio de 2006, puede tener una importancia muy significativa como un primer paso en el reconocimiento político de la comunidad gitana en España. La lógica de su funcionamiento nos dejará ver en el futuro su capacidad para canalizar las demandas y aspiraciones de la población a la que está llamado a representar.

Por todo ello, lo que no sabemos de los gitanos...

...es si esta comunidad se encuentra ya en una fase de aceleración suficiente de su proceso de transformación social que permita su incorporación plena y definitiva a la sociedad española en condiciones de igualdad, o si más bien los procesos de cambio que hemos podido identificar suponen tan sólo la reproducción, en otra dimensión, de las desigualdades, de la exclusión y de la marginación social que los gitanos han venido experimentando históricamente.